

llamado la atención una en que se le daba el apodo de *El Himar*, el ignorante, el *asno*. Súpose que era de aquel cadí revolucionario de Mérida, Suleiman ben Albaga, que por haberse postrado á los piés de Abdallah había obtenido su perdón. Llevado ahora á su presencia, «¡Por Dios, amigo Suleiman, le dijo el emir, que mis beneficios han caído en bien ingrato terreno! A fe que no merecía de tí esos vituperios, ó sean alabanzas, que para mí lo mismo valian siendo tuyas; y pues tan poco te aprovechó en otro tiempo mi benignidad y mansedumbre, ahora debería darte á gustar el rigor de mi justo enojo; pero no, quiero que vivas, y cuando te lo mande me has de repetir tus versos; y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar por cada uno mil doblas, y si mas hubieras cargado *al asno*, mayor y de mas precio sería la paga (1).» Abochornado Suleiman, y «puesta la cara, dice la historia, á los piés del emir,» le pidió perdón, otorgósele Abdallah, y agradecido el delincuente poeta le descubrió la conspiración, y le reveló la estancia de Ben Hafsun en Córdoba; mas este, sabedor del arresto de Suleiman, huyó otra vez disfrazado de mendigo, y pidiendo de puerta en puerta, segun despues se supo, pudo llegar á su ciudad de Toledo (905).

Perseguido allí y acosado por el vazir Abu Otman, vióse reducido á no poder salir en tres años de la ciudad. Quiso despues encargarse de la guerra de Toledo el hijo del emir, el valiente Abderrahman, llamado ya Almudhaffar, que acababa de pacificar las provincias del Mediodía. Abu Otman fué nombrado capitán de los eslavos, que formaban la guardia asalariada del emir, y con tal rigor y energía emprendió Almudhaffar la guerra contra Ben Hafsun, que no era osado el orgulloso rebelde á desamparar los muros de Toledo (909). La paz se había ido restableciendo, gracias á la vigorosa actividad del emir y su hijo, en el resto de la España musulmana, antes tan agitada y revuelta.

Proseguia la amistad y buena inteligencia entre el emir de Córdoba y el rey cristiano de Asturias. Dedicado se hallaba el grande Alfonso al fomento de la religion y al gobierno interior de su Estado, y cuando parecia que debería reposar tranquilo entre los suyos sobre los laureles de sus anteriores victorias, un acto de horrible deslealtad de parte de su propia familia vino á acibarar los últimos dias de su existencia y de su glorioso reinado. Tenia Alfonso de su esposa Jimena cinco hijos adultos, á saber, García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro; casado el mayor, García, con la hija de un conde de Castilla llamado Nuño Fernandez, residentes los dos entonces en Zamora. Ambicioso García y alentado é instigado por su suegro Nuño, tramó una conspiración encaminada á arrancar la corona de las sienes de su propio padre. Oportunamente pareció haberla conjurado Alfonso, haciendo prender á su hijo en Zamora y trasladarle cargado de cadenas al castillo de Gauzon en Asturias. Así hubiera sido, á no haber entrado en esta conspiración indefinible todos sus hijos, y lo que es mas incomprendible aun, su misma esposa, sin que la historia nos haya revelado las causas de este extraño concierto de toda una familia contra un padre, contra un esposo, contra un monarca, de quien no sabemos qué pudo haber hecho (2) para concitar contra sí ingratitud tan universal (908).

Es lo cierto que todos sus hijos, su esposa, su yerno, todos se alzaron en armas contra él, y libertando de su prision á García, y apoderándose de los castillos de Alba, de Luna, de Gordon, de Arbolio y de Contrucees, de toda aquella línea de fortificaciones que Alfonso había levantado para proteger las Asturias contra los ataques de los sarracenos, vióse el reino cristiano arder por espacio de dos años en una funesta y lamentable guerra civil. Alfonso, siempre grande en medio de sus amarguras, conociendo las calamidades que de prolongar aquella lucha doméstica lloverían sobre todos sus súbditos, y deseando evitar el derramamiento de una sangre que no podia dejar de serle querida, convocó á toda su familia y

(1) Conde, cap. 65.—Romey traduce: «preparate á recibir de mi tesoro mil piezas de oro por cada verso,» tomando por paga del emir lo que segun el texto árabe era multa al poeta.

(2) Contentábase el arzobispo don Rodrigo con decirnos que la reina amaba poco á su marido.

á los grandes del reino en el palacio fortificado de Boides, y á presencia de todos y con su asentimiento renunció á una corona que con tanta gloria y por tan largos años había llevado (909), y abdicó solemnemente en favor de sus hijos (3).

Repartieronse, amistosamente al parecer, los tres hermanos mayores los dominios de su padre. Tomó García para sí las tierras de Leon, que desde entonces comenzó á ser la capital del reino de este nombre. Tocáronle á Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseian los cristianos. Obtuvo Fruela el señorío de Asturias. Gonzalo, que era eclesiástico, se quedó de arcedian de Oviedo; y Ramiro, á quien acaso por su corta edad no se adjudicaron estados, llegó á usar mas adelante, como dictado de honor, el título de rey (4). Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, á la cual miraba con predilección por haberla él reedificado y por haber sido teatro de uno de sus mas gloriosos triunfos. Pero antes de fijarse en ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia había reconstruido y dotado; y como de regreso de este piadoso viaje hallase en Astorga á su hijo García, pidióle el destronado monarca, siempre magnánimo, le permitiese pelear, una vez siquiera antes de morir, con los enemigos de Cristo. Otorgósele García, y emprendió Alfonso su última campaña contra los moros de Ben Hafsun el de Toledo, que desde los fuertes del Tajo no cesaban de inquietar las fronteras cristianas. Con el ardor de un joven se entró todavía Alfonso por las tierras de los musulmanes; y despues de haber talado sus campos, incendiado poblaciones y hecho no pocos cautivos, volvió triunfante á Zamora, donde enfermó al poco tiempo, y falleció el 19 de diciembre de 910, á los 44 años de su advenimiento al trono (5).

Habia ido entre tanto creciendo en Córdoba el joven Abderrahman, el hijo de Mohammed el Asesinado, nieto de Abdallah y sobrino de Almudhaffar, siendo por su gentileza, amabilidad y talento la delicia del pueblo, el querido de los walfes y vazires, el protegido de Abu Otman, y el predilecto de su abuelo, si bien no se atrevia Abdallah á manifestar ostensiblemente todo el cariño que le tenia por no dar celos á su propio hijo Almudhaffar. Con razon se había captado tan universal cariño el tierno príncipe, que á la edad de ocho años sabia de memoria el Koran y recibía todas las sunnas ó historias tradicionales, que aun no tenia doce cumplidos ya manejaba un corcel con gracia y soltura, tiraba el arco, blandía la lanza, y hablaba de estratagemas de guerra como un capitán consumado. Tan raras prendas y tan precoz talento anunciaban que había de ser el mas ilustre entre los ilustres Omniadas. Los trabajos, las inquietudes y disgustos, mas aun que la edad, tenían á su abuelo Abdallah desmejorado y enmagrecido. La muerte de su madre le afectó hondamente, y le sumió en una profunda melancolía; íbale consumiendo una fiebre lenta, y sintiendo cercano el fin de sus dias, congregó á los walfes y vazires y les declaró su voluntad de que le sucediera en el imperio Abderrahman ben Mohammed su nieto. Reconociéronle todos con gusto, incluso su tío Almudhaffar, que lejos de darse por resentido de su postergación, se constituyó en protector generoso y servidor leal de su sobrino. Cumpliése el plazo de los dias de Abdallah, y falleció á principio de la luna de Rabie, primera del año 300 de la hegira (noviembre de 912), dejando once hijos y catorce hijas. Príncipe de gran corazón fué Abdallah, bondadoso en lo general y benigno; si bien la exasperación de tantas rebeliones le hizo cometer algunos actos de crueldad, que sin duda le causaron remordimientos. Tuvo habilidad para vencer enemigos, pero le faltó maña para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias á los sirios sobre los árabes fueron causa de malquistarle con estos y de enajenarse á los fervientes y fanáticos musulmes.

(3) Sampir. Chron. n. 15.—Roder. Tolet. De Reb. Hisp. l. IV.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.

(4) Consta así de una donación hecha por el mismo Ramiro á la catedral de Oviedo en 926.

(5) Seguimos en esto la crónica del obispo Sampiro. Sobre la variedad que se nota en los historiadores acerca del año de la muerte de Alfonso el Magno, que algunos han querido prolongar hasta el 913, puede verse á Risco, Esp. Sagr. tom. 37, pág. 223.

¿Y qué había sido de los cristianos de la Vasconia y de la Marca franco-hispana, de esos dos Estados que se estaban formando á uno y otro extremo de la cadena del Pirineo?

Despues de la desgraciada batalla de Aybar en que pereció el conde de Pamplona, ó si se quiere rey de Navarra, García Garcés (*García Garceanus*), con cuya hija había casado Alfonso III de Asturias, aparece gobernando á los navarros el hijo de García y descendiente de los condes de Bigorra Sancho Garcés, temible enemigo con quien tuvo que contar el rebelde y poderoso moro Ben Hafsun en la parte del Ebro superior á que se extendían sus dominios. Mientras este formidable rival de los Omniadas había sostenido su sediciosa bandera en el Mediodía y Centro de España, peleando alternativamente con el emir de Córdoba y con el monarca de Asturias, Sancho Garcés de Navarra había hecho una guerra viva á los musulmanes del Nordeste, ganándose muchas poblaciones, tomando muchas fortalezas, y extendiendo sus conquistas desde Nájera hasta Tudela y Ainsa, y hasta las tierras á que comenzaba á darse el nombre de Aragon. Duño de estos territorios, sobre los cuales ejercía un mando independiente, tomó en 905 el dictado de rey de Navarra, si no por primera vez, por lo menos mas abiertamente que ninguno de sus predecesores (1). Es lo cierto que desde esta época y con este rey comenzó el reino de Navarra á adquirir su extension, importancia y celebridad, y verémosle desde ahora ir crecien-

(1) *In era DCCCCXCIII* (dice la crónica Albeldense) *surrexit in Pampilona Rex nomine Sancio Garceanis*. Hasta ahora ninguna crónica que sepamos había hecho mencion tan expresa del título de rey con aplicación á los gobernadores pamploneses.—No es posible que haya un punto histórico en que mas disientan los autores que el origen y principio del reino de Navarra. No extrañamos que al llegar á este período digan casi unánimemente los modernos historiadores: «El origen del reino Pirenáico está cubierto de oscuridad y de tinieblas.»—«Nada se presenta en los anales de nuestra nación mas oscuro y enmarañado que el origen del reino de Navarra, y no solo ha contribuido á esta confusión la falta de documentos históricos, sino muy especialmente la rivalidad de los escritores aragoneses y navarros: he estudiado detenidamente las relaciones de los mismos, y no he podido sacar otra cosa que confusión y contrariedad en las ideas.» (Tapia y Moron, en sus *Historias de la Civilización de España*.) Así, poco mas ó menos se explican todos. Repetimos que no es de extrañar esta perplejidad y embarazo al tratarse de un reino sobre cuyo principio hay entre los autores la discordancia nada menos que del año 716, en que le suponen unos, hasta el 905, en que le fijan otros, aparte de las fechas que otros señalan en el intermedio de estos 189 años. Tambien nosotros, como el escritor citado, hemos intentado penetrar en este laberinto, y procurado examinar los fundamentos en que apoyan sus diferentes opiniones los autores que mas de propósito han tratado este punto, tales como Moret, Blancas, Garivay, Morales, Sandoval, Yepes, Briz, Elizondo, Zurita, Risco, Mariana, Mondejar, Traggia, Yanguas y otros de los que pasan por mas autorizados, sin que nos haya sido posible recoger otro fruto que oscuridad y contradicciones; contradicciones tales, que no vemos medio de concertar ni avenir unos con otros. Y no se limita solo la divergencia en cuanto á la época en que pudo el reino de Navarra tener principio, sino tambien en cuanto á las cronologías de los antiguos reyes que cada cual supone. Pueden servir de muestra las siguientes:

SEGUN GARIVAY

García I Jimenez
García II Iñiguez.
Fortuño I Garcés.
Sancho I Garcés.
Jimeno I Iñiguez.
Iñigo I Jimenez, *Arista*.
García III Iñiguez.
Fortuño II Garcés.
Sancho II Garcés, etc.

SEGUN MORET

García I Jimenez.
Iñigo I Garcés, *Arista*.
Fortuño I Garcés.
Jimeno Iñiguez.
Iñigo II Jimenez.
García II Jimenez.
García III Iñiguez.
Fortuño II Garcés.
Sancho II Garcés, etc.

SEGUN TRAGGIA

Iñigo I *Arista*.
García I Iñiguez.
Fortuño I Garcés.
Sancho I Garcés.
García II Jimenez.
Iñigo II Garcés.
García III Iñiguez.
Fortuño II Garcés.
Sancho II Garcés.
Jimeno II Garcés, etc.

SEGUN MASDEU

García Sanchez Iñiguez, I
Sancho Garcés, *Abarca*, II.
García Sanchez, el *Temblon*, III, etc.

Para hablar de los fundamentos en que cada cual apoya su genealogía, dando cada uno por apócrifos los documentos en que los otros fundan su sistema, necesitaríamos hacer una disertación aun mas difusa que la de Traggia inserta en el tomo IV de las Memorias de la Academia, la cual confesamos que á pesar de la asombrosa erudición que el autor ha vertido en ella no ha podido satisfacernos, ni despejar para nosotros el confuso caos en que los expresados autores han logrado envolver este punto, y hemos estado para exclamar al leerla: *non nostrum est tantas componere lites*. Por eso en nuestra historia nos hemos concretado á consignar lo que acerca de este reino hemos hallado en el continuador del Bielenense que escribía en 724, en el Pacense que acabó su crónica en 754, en Sebastian de Salamanca, en el de Albelda, en Vigila y Sapiro, en San Eulogio de Córdoba, que hizo un viaje á Navarra á mediados del siglo IX, en los biógrafos de Carlo-Magno y Luis el Pio, en las historias francas y en las arábicas de aquel tiempo, que son para nosotros las fuentes mas auténticas. Parécenos hasta cierto punto digna de elogio la sinceridad con que un moderno historiador de las cosas de Navarra, el señor Yanguas, archivero de aquel antiguo reino, exclama al ver el calor con que se sostiene esta controversia: «Porque á la verdad (dice), ¿qué nos importa que los primeros reyes de Navarra se llamasen Sanchos, Iñigos ó Aznares? ¿Qué significan esas eternas disputas queriendo atribuirse cada uno la gloriosa casualidad de haber dado reyes á un país que jamás quiso ser dominado sino de sí mismo? ¿No tiene tambien algo de puerilidad la disputa entre aragoneses y navarros, sobre si el primer rey fué proclamado en Sobrarbe ó en Amescua? ¿Acaso entonces las montañas de Jaca y de Navarra dejaban de ser una misma nación? No había aragoneses ni navarros; todos eran vascones, todos participaban igualmente de las virtudes y de los vicios de los montañeses y de sus glorias, y los moros no les daban otro dictado que el de *cristianos de los montes de Afranc*.» (Prólogo á la Historia del reino de Navarra: 1832.)

el Velloso, á quien muchos suponen hijo del otro Wifredo, emparentado con la estirpe real carlovingia de Francia (874).

Fuese que Cárlos el Calvo remitiera á Wifredo en compensacion de algun servicio el feudo en que hasta entonces habian estado los condes de Barcelona, ó que él conquistara su independencia con la punta de la espada y con la ayuda de los catalanes, es fuera de duda que con Wifredo el Velloso dió principio aquella série de condes soberanos é independientes de Barcelona, que habian de elevar á tan alto punto de grandeza aquel nuevo Estado cristiano de la España oriental, uno de los mas importantes de la gran confederacion monárquica española. Supone la tradicion haberle concedido el emperador Cárlos por armas las cuatro barras coloradas en campo de oro, marcadas en su escudo con los cuatro dedos de la mano ensangrentada de la herida que recibió peleando en favor del emperador contra los normandos. Sea lo que quiera de estas contestadas tradiciones, es lo cierto que Wifredo, primer conde independiente de Barcelona, con la sola ayuda de los catalanes arrojó á los sarracenos de todo el antiguo condado de Ausona (Vich), de las faldas del Monserrat, y de una gran parte del campo de Tarragona; y que tan piadoso como guerrero, fundó en el valle alto del Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll.

A los catorce años de gobierno independiente murió Wifredo el Velloso, dejando el triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona, á título ya de herencia, á su hijo Wifredo II ó Borrell I, que con ambos nombres le designan los documentos (898): *Wifredi, qui vocabulum fuit Borrello*. Continúo Borrell la obra de su padre hasta 912, en que pereció en la flor de su edad, no dejando sino una hija llamada Rikildis, y pasando por lo tanto la herencia del condado, segun la costumbre de los francos por que se regian los condes de Barcelona, y que no admitia la sucesion de las hembras, á su hermano Suniario ó Sunyer (1).

Hé aquí lo que hasta la época que nos propusimos recorrer en el presente capítulo habia acontecido en todos los ángulos de España.

CAPÍTULO XIII

Fisonomía social de ambos pueblos en este período

(SIGLO IX)

I. Extension material de los tres Estados á la muerte de Alfonso III.—Observacion importante sobre las turbulencias que señalaron estos reinados; en Asturias, en Cataluña, y en los imperios árabe y franco-germano.—Extrañas relaciones entre unos y otros pueblos.—Examinase el móvil y principio que las dictaba.—Espíritu religioso del pueblo.—Conducta de los monarcas. Su política.—Respeto de los árabes á Alfonso el Magno.—Nobleza de los árabes: perfidia y doblez de la raza berberisca.—Estado de las letras en esta época.—II. Qué leyes regian en cada uno de los Estados.—Asturias; legislacion goda.—Condado de Barcelona: leyes góticas; leyes francas.—Navarra: fuero de Sobrarbe.—Qué era.—Diversos juicios sobre este código.—Opinion del autor.—Otras observaciones sobre el gobierno de los Estados cristianos.—III. De la lengua que en este tiempo se hablaria en España.—Principio de la formacion de un nuevo idioma.—Qué elementos entraron en él.—Origen del castellano.—Idem del lemosin.

I. Cerca de otro siglo ha trascurrido desde Alfonso II el Casto hasta Alfonso III el Magno, desde Abderrahman II hasta la proclamacion de Abderrahman III: y en este período

(1) Bofarull, condes de Barcelona, tom. I.—Comienza á servirnos de guia en lo relativo á la cronología y genealogía de estos condes la obra que con el título de *Los Condes de Barcelona vindicados* ha publicado el investigador laborioso y erudito don Próspero de Bofarull, archivero general de la antigua corona de Aragon, con cuya amistad nos honramos, y á cuya inteligencia y amabilidad debimos durante nuestra estancia en aquel archivo la satisfaccion de revisar multitud de preciosos documentos históricos, que sin su atinada direccion difícilmente hubiéramos podido examinar. La posicion del señor Bofarull, por tan largos años al frente de aquel riquísimo depósito de antigüedades, unida á su laboriosidad é inteligencia, le ha permitido hacer un bien inmenso á la historia de Cataluña y de consiguiente de España, aclarando, rectificando y fijando la cronología de aquellos condes soberanos, incierta, oscura ó equivocada hasta ahora, no solo en nuestras historias generales, sino tambien

la situacion material y moral de ambos pueblos ha sufrido modificaciones sensibles. La España cristiana ha crecido, el imperio musulman ha menguado: los confines de la una han avanzado, los límites del otro han retrocedido. Un hijo del rey de Asturias se atreve ya á establecer su corte en Leon; ya no se necesitan riscos que constituyan un valladar al pequeño reino de Asturias; basta ya el Duero, que corre por país llano, para servir de frontera al que ha sido reino de Asturias y comienza á serlo de Leon. Aquel otro país del Pirineo, la Vasconia navarra, que tanto ha pugnado por recobrar su apetecida libertad, ha logrado sacudir la triple dependencia que alternativamente pesaba sobre ella ó la amenazaba, la de los francos, la de los árabes y la de los asturianos. Roncesvalles la ha libertado de la primera; Pamplona de la segunda; un matrimonio, una mujer, Jimena, ha recabado de un rey de Asturias una especie de *fiat* á la independencia en que de hecho se habian constituido ya los navarros; y ya la Navarra es otro reino cristiano aparte, con monarcas y leyes propias. Aquella Marca Hispana que al Oriente de la Península fundaron los emperadores francos, ha redimido el feudo de la Francia y se ha erigido tambien en Estado español independiente. El condado de Barcelona se ha hecho otro reino cristiano: que si sus condes siguen usando este modesto título, el nombre será signo de su modestia, no de que falten al Estado las condiciones de monarquía, al modo que se cuentan por emperadores y califas de Córdoba los que hasta ahora han conservado el sencillo título de emires.

Vió, pues, el siglo IX constituido dentro de los naturales lindes de la Península tres Estados cristianos, independientes entre sí, que han ido arrancando al imperio musulman los territorios comprendidos, de una parte desde el mar Cantábrico hasta el Duero, de otra desde el Pirineo hasta el Ebro. Y á estas adquisiciones de las armas cristianas se agregan las usurpaciones que la rebelion ha hecho al imperio musulmico, dominando un rebelde mahometano desde el Ebro hasta el Tajo, desde mas allá de Zaragoza hasta mas acá de Toledo. Gran desmembracion, que no han bastado á impedir ni la actividad, ni la política, ni los talentos militares de los emires.

Han imperado en este período en Asturias Ramiro, Ordoño y Alfonso el Magno; en Córdoba Abderrahman II, Mohammed, Almondhir y Abdallah; en Navarra los dos Garcías y Sancho; en Barcelona, despues de los siete condes francos, los españoles Wifredo y Borrell; en Francia Luis el Pio, y sus hijos Cárlos, Lotario y Pepino.

No hemos visto que ningun historiador haya reparado en la semejanza y analogía de los elementos y contrariedades con que tuvo que luchar cada uno de los soberanos ó jefes de estos Estados, ó de tan diferentes procedencias, ó de tan distintas religiones; y sin embargo, creemos que esta observacion nos revelará en gran parte la índole, la tendencia, el genio, los rasgos comunes de la fisonomía de cada pueblo en estos siglos: sediciones y revueltas en los países por cada uno dominados: rebeliones de súbditos, conspiraciones de magnates, conjuras y tramas de príncipes, de hermanos, de hijos de cada soberano reinante; qué asimilacion de circunstancias!

Ramiro no ha empuñado el cetro, cuando se ve suplantado por el conde Nepociano, y tiene que castigar despues las conspiraciones de Aldroito y Piniolo. Ordoño, antes que contra los enemigos de la fe, tiene que ensayar sus armas contra sus propios súbditos de la Vasconia alavesa rebeldes á su autoridad. El reinado de Alfonso III se inaugura con la rebelion de un conde como el de Ramiro, y antes que contra los sarracenos tiene que marchar contra los alaveses como Ordoño. Multiplícanse y se suceden en tiempo de aquel gran monarca las conjuraciones. Ya son los magnates Hanno y Hermenegildo, ya son los hermanos del príncipe, ya son sus propios hijos y

en las que pasaban por las principales fuentes históricas de aquel principado, tales como la historia de Languedoc, la Marca Hispana del arzobispo Pedro de Marca, la coleccion de documentos de Ballucio, los manuscritos de Ripoll, las crónicas de Pujades, Diago, Felid, etc. La gran copia de datos auténticos y originales con que el señor Bofarull ha enriquecido su obra le dan una autoridad indisputable, si bien no puede menos de adolecer de falta de amenidad, achaque natural y consiguiente á toda obra documental.

PUERTA DEL MONASTERIO DE RIPOLL

A orillas del Ter y del Freser, en la provincia de Gerona, se asienta la villa de Ripoll, en otro tiempo poblacion importante por su industria y agricultura, y hoy bastante abatida á consecuencia de los estragos causados en ella por nuestras repetidas guerras civiles.

Uno de los monumentos que en dicha villa se conservaban, y en el que mas lamentablemente se dió á conocer el implacable espíritu de destruccion que dominaba á los combatientes, es el famoso monasterio de Wifredo el Velloso, panteon de los condes de Barcelona, sepulcro de los de Besalú, precioso archivo de la historia de los siglos medios, monumento arquitectónico donde estaba vivamente reflejado el espíritu de toda una época, y cuya fundacion se considera anterior al siglo IX.

Con dificultad podrá presentar la historia del arte una página mas completa que la fachada de este monumento: tarea ímproba seria la de buscar en otro alguno esa aterradora tranquilidad de líneas, esa rudeza y severidad de formas, esa aglomeracion de esculturas extrañas, y al parecer incoherentes, como de hombres y fieras, de ángeles y de monstruos, de séres reales y de séres fantásticos.—Constitúyela un cuerpo cuadrangular avanzado, en cuyo centro daba paso á la iglesia la plena cimbra concéntrica apoyada en dos recios paredones cortados en ángulos entrantes y salientes. En el segundo ángulo entrante dos pedestales extraños sostienen dos figuras de tamaño natural, imágenes de San Pedro y San Pablo, que llevan sobre su cabeza un capitel cónico historiado; en los demás ocupan el lugar de las figuras columnitas adornadas en toda su extension de ricas labores, cuyas bases y capiteles guardan las formas generales del orden corintio. Los ángulos salientes cortados en su vértice no presentan sino un plano sumamente estrecho en que están trabajados en relieve, ya follajes combinados con grande inteligencia, ya figuras de peces y reptiles ó monstruosas cabezas humanas de un aspecto feo y repugnante. De ellos y de las columnas y figuras que adornan los entrantes parten los arcos concéntricos mencionados, en cuyo ancho hay hojas, entrelazos y un gran número de relieves que en concepto de algunos representan las escenas mas capitales de las vidas de aquellos dos Apóstoles. Es digna de particular atencion entre estas cimbras la del fondo, que está dividida en altos recuadros, conteniendo representaciones de patriarcas y de santos, y apoyada en jambas que tienen doce relieves en que se pretende ver la alegoría ó símbolo de los doce meses del año.

El plano en que están abiertas las cimbras tiene si cabe mayor interés artístico é histórico. Divídese en siete compartimientos cubiertos de relieves, bajo cuya cornisa, cortada en su centro en forma de arco, está sentada en un trono la figura de Dios Padre, adorada por algunos ángeles puestas entre los símbolos de dos evangelistas y servida por una serie de príncipes, la mayor parte con corona, que al parecer van de entrambos lados á presentar sus ofrendas.

Debajo de estas figuras, que ocupan el primer compartimiento, véanse en el segundo y el tercero, bajo una línea de piedras prismáticas y un cordon hermosamente labrado, otras distribuidas en diferentes grupos, que representan, al decir de los cronistas del monasterio, escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, y junto al estrado de las cimbras los símbolos de otros dos evangelistas sobre dos cisnes.

Figuran en el cuarto compartimiento, á la derecha una batalla entre infantes y jinetes, y á la izquierda el asalto de una ciudad, en que al través de unos arcos se ve á los habitantes durmiendo sosegadamente, y sobre las murallas algunos soldados asomando la cabeza entre las almenas.

El quinto, casi de doble altura, contiene bajo cinco arcos sostenidos por ligeras columnitas, ya á un príncipe entre tres prelados y Jesucristo que los está al parecer bendiciendo, ya al mismo régio personaje sentado entre cuatro músicos en un mequino trono.

Campeaban en el sexto, en grandes relieves, un centauro peleando con un leon que sujetaba á otra fiera entre sus garras, y un caballero armado de punta en blanco alanceando á otro leon; y por último, en el séptimo una línea de figuritas en doce pequeños escudos formados por un entrelazo.

Como podrá verse por la lámina adjunta, gran parte de las figuras y representaciones de esta fachada histórica y monumental están mutiladas de una manera lastimosa, siendo naturalmente las mas inmediatas al suelo aquellas en que la ignorancia y la perversa intencion de los hombres ha causado mas lamentables estragos. Por fortuna, el gobierno ha señalado recientemente una cantidad para la conservacion de tan notable obra de arte, mereced á lo cual se evitará su completa ruina.